

nuevos himnos. La música, según él, tiene la primacía de una institución religiosa y social. Apolo gobierna en días de sosiego, Dionisos cuando mueve a los pueblos un profundo dolor. No basta entonces, enseña el poeta, crear un Dios a semejanza de una Nación, sino un himno también para ese Dios.

El poeta se propone realizar su utopía en una ciudad enardecida; pero los políticos, siervos de Calibán, le combaten. Sólo el fascismo, desde que inicia la obra de reforma castiza, se asocia fervorosamente a él. Cuantos ponen su conato en dar a Italia límites naturales, consideran que la ocupación de Fiume y su defensa constituyen una etapa necesaria en la realización del más generoso ideal. Mussolini y el comandante fraternizan. En solemnes ocasiones, el fumanismo y el fascismo maridan sus esfuerzos en favor de Italia. Si más tarde se separan los jefes, si parecen combatir, si sus partidarios siguen divergentes rutas, no se rompe la noble amistad que los une. Como los anima la misma pasión nacional, vuelven luego sus ambiciones a concordar. El señor Foscanelli, que fué secretario del jefe del gabinete político del dictador, acaba de consagrar un pequeño libro a las relaciones entre fascistas y legionarios. Allí demuestra que Mussolini ofreció al comandante la más amplia hospitalidad en su peñón.

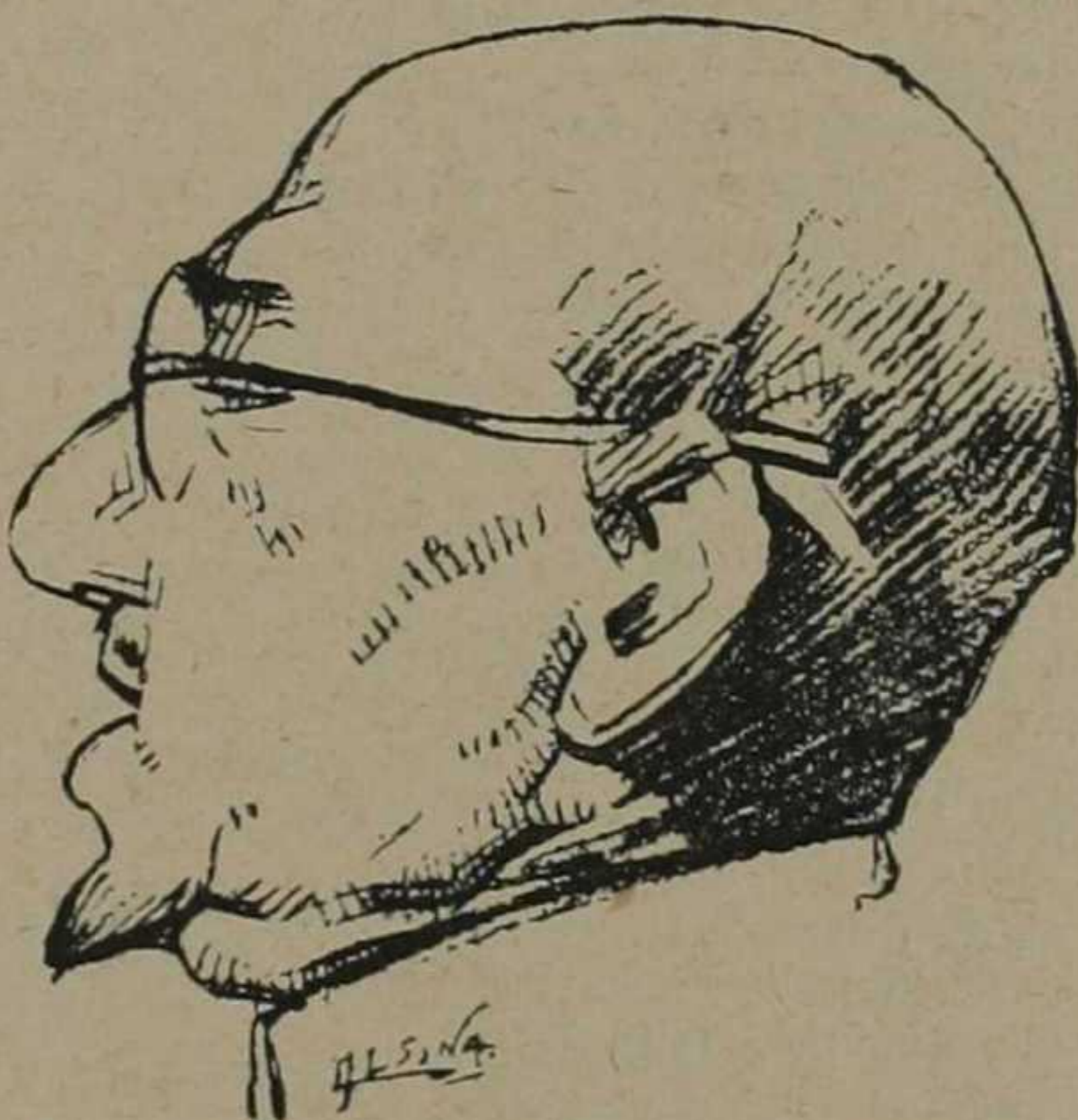
El *Popolo d'Italia* publicó la carta de D'Annunzio a los dálmatas. Antes de emprender la marcha a Roma, Mussolini escribió al poeta: «la Italia de mañana tendrá un gobierno. Seremos bastante discretos para no abusar de la victoria».

Todo contribuye a establecer entre ambos caudillos una firme asociación; la tristeza engendrada por la mediocre paz, el amor a la grandeza romana, al señorío sobre el Adriático de la Italia ensangrentada, empobrecida, pero victoriosa y segura de la importancia de su función histórica.

Y sin embargo, desde que se firmó el Tratado de Rapallo, desde que tuvo que abandonar, sin ser vencido y sin morir, la ciudad amada, la acedia domina al dictador. D'Annunzio afirma que, merced a ese pacto, ha vencido la flamante nacionalidad yugoeslava. Mussolini transige, acepta la mutilación de la victoria, porque se obstina en conquistar por la violencia el poder. Mientras tanto el poeta busca la paz azul de un lago italiano y cierra las puertas de su *villa* con el elogio de la soledad. ¿Volverá a la áspera acción, se refugiará en un convento, fundará en Roma un diario militante, buscará la verdadera, la pura «italianidad» en América? Algunos insinúan, tal vez sin razón, que persiste el pri-

mitivo acuerdo entre el comandante y el ministro dictador.

D'Annunzio se mueve en un plano distinto de aquel en que preparan su victoria sobre las fuerzas de la antinación las legiones del fascismo. Abandona intereses inmediatos como agitado por un entusiasmo quimerista. Diríase que se inclina al misticismo, a la noble locura del amor y de la cruz. Uno de sus amigos me decía recientemente que el más pagano de los artistas siente una sutil nostalgia y quisiera levantar altares al Dios de San Francisco de Asís en su corazón fatigado por los ardores de la tierra. Usa y abusa de la palabra fraternidad. De-



GABRIEL D'ANNUNZIO

rama en salmos su esperanza religiosa. Escribe epístolas a los italianos, a los gentiles, a los bárbaros.

Hace veinticinco años, en las *Virgenes de las Rocas*, el poema de un asceta ambicioso, escribía el futuro comandante que el mundo es «la representación de la sensibilidad y del pensamiento de unos pocos hombres superiores». En virtud de nuevas experiencias morales, abandona su concepción aristocrática y declara su amor al pueblo doliente. Sin la gracia y la caridad, ¿de qué sirven las sentencias de los filósofos? pregunta la Imitación. D'Annunzio transforma su patriotismo en místico amor. Sus legionarios aspiraban, en Fiume, a la dignidad de misioneros. Cuando los enviaba el jefe en misión, les daba el viático como a peregrinos de una cruzada. En la multitud ponía aquél su fe, en el humilde soldado capaz de heroica devoción a un ideal.

Y de esta manera el fumanismo se presenta, escribe el señor Foscanelli, como la moderna reencarnación del cristianismo. Los testigos de la hazaña de Fiume refieren que en algunas cenas el poeta dividía el «pan místico» con sus secuaces. Y, frente a las miserias de la vida presente, exclamaba:

«Somos de otra patria y creemos en los héroes».

En vez de la violencia predica bondad «masculina» y amor, excelso amor. Se opone así al *duce* y a sus duros compañeros. Se ha afirmado que d'Annunzio simpatiza con la revolución rusa, con la gran esperanza eslava. Quizá no llega a tal extremo su actitud. El destino de los trabajadores, el dolor de la masa, el orgullo de la plutocracia le preocupaban cuando dictó su ingeniosa Constitución. En ella fijó el salario mínimo para los obreros, estableció el seguro para los mismos en caso de enfermedad y pensiones para la vejez.

A estas reformas que triunfan no sólo en las democracias sino también en los imperios atentos al desarrollo de la cuestión social, se agrega, en aquella carta política, un sentido novísimo de la propiedad. El Estado, leemos, no reconoce la propiedad como absoluto dominio de la persona sobre las cosas. Considera que sólo son ciudadanos en el pleno sentido de la palabra, «los asiduos productores de la riqueza común». El parasitismo queda abolido de la Italia que d'Annunzio aspira a restaurar.

D'Annunzio se inclina hacia el cuarto Estado, examina con simpatía la posición y las aspiraciones del grupo sindicalista. D'Annunzio es amor, escriben sus amigos. El *duce* acepta, sometiéndolo, emperó, a severa crítica, el orden antiguo. No defiende intereses de clase, no es gendarme de la burguesía o de la plutocracia aunque aceptara el concurso financiero de grandes industriales. Tampoco acepta la degeneración o la disolución del Estado. Ni monopolio burgués ni conquista del poder por el proletariado; el gobierno como suprema función arbitral, estímulo a la producción, respeto a la riqueza formada por el trabajo, límites al exorbitante poder del oro aventurero, de la finanza, extraña, como el comunismo, a la precisa noción de patria.

Esfuerzo de conservación y no de destrucción, se dirá. Formidable experiencia como la de Moscú que acepta las transmutaciones creadas por la guerra y las combina y organiza dentro de la patria. No repetición, sino reforma y creación constante, porque 1922 difiere tan profundamente de 1914 como en los años de otra revolución política y social, 1797 de 1789. Oponiendo el fascismo al maximalismo, Mussolini escribía este año en su revista *Jerarquía*: «Moscú da la idea de un terrible salto con ruptura consiguiente del cuello. Roma da la idea de una marcha de cuadradas legiones». Y afirmaba que la revolución fascista no destruye, como la rusa, en mil pedazos la delicada y complicada